

una plena y entera libertad. . . . Nosotros debemos ser libres en el servicio de Dios, y la autoridad, ya religiosa, ya doméstica, que nos gobierna, no debe jamás comprimir, ni menos cortar el vuelo de nuestra conciencia.»<sup>1</sup>

10. Aquí tenéis, hermanos carísimos, lo que valen las famosas libertades proclamadas todavía como las grandes conquistas de la moderna civilización, como elementos esenciales del engrandecimiento de las naciones. Donde estas libertades no están reconocidas y sancionadas por el Estado, se dice que reina la tiranía, el oscurantismo, el gobierno inquisitorial del tiempo de la colonia: donde el Estado las ha proclamado abiertamente, se vocifera que allí se ha entrado por la senda del progreso, que por ese camino se irá á grandes pasos al engrandecimiento, á la felicidad. Y ¿qué dice á todo esto la experiencia? Óigasela, ya que no se quiera escuchar á la Iglesia, maestra infalible y madre cariñosa de los pueblos que ella misma ha amamantado y educado. La experiencia, ó mejor dicho, la evidencia de los ojos nos está mostrando el resultado de esas falsas libertades en el embrutecimiento de las almas por la irreligión, el libertinaje y el espíritu de revolución que las agita. Allí se ve el poder público y la sociedad entera amenazados de continuo por la hidra, cada día más furiosa, del socialismo, apenas contenido por la fuerza material. Se ha quitado todo freno moral á las masas, y la ola revolucionaria sube y se encrespa hora por hora. . . . ¡Plegue á Dios salvarnos en su misericordia! *Miserere nostri, Domine, miserere nostri!*

<sup>1</sup> Mons. *Segur*, op. cit.

## CONFERENCIAS FAMILIARES SOBRE LAS TRIBULACIONES.

### PRIMERA CONFERENCIA.

#### El misterio de la tribulación.

Quia acceptus eras Deo, necesse fuit ut tentatio probaret te.

Tob. 12, 13.

Oportebat Christum pati . . .

Luc. 24, 46.

1. Pocas cosas habrá, hermanos carísimos en nuestro Señor Jesucristo, de que se haga mención tan frecuente en los sagrados Libros como la *tribulación*, pocas palabras que tantas veces allí se repitan como ésta. ¡Cuántas veces no ocurre hablar de tribulaciones en la historia del pueblo de Dios! ¡cuántas en los libros proféticos! David repite en la mayor parte de sus salmos sus lamentos, oraciones y palabras de consuelo en las mil tribulaciones de que se vió cercado en su azarosa vida. Habla del *dia* y del *tiempo* de la tribulación como para darnos á entender que las hay pasajeras y efímeras, aunque frecuentes, y largas y porfiadas que forman época en la vida del hombre y en la historia de los pueblos. Con la tribulación va unida por lo regular la angustia: *Tribulatio et angustia invenerunt me*<sup>1</sup>, el dolor: «Hallé la tribulación y el dolor»<sup>2</sup>, las tinieblas, el hambre, la ira, la indignación, la pobreza, la blasfemia . . . circunstancias que la hacen en extremo temible y espantosa, aunque, por otra parte, se ve que en los justos puede ir

<sup>1</sup> Ps. 118, 143.

<sup>2</sup> Ibid. 114, 3.

acompañada no sólo de resignación, sino de gozo sobreabundante, como le aconteció al Apóstol<sup>1</sup>, y es materia de merecimientos y ejercicio de virtudes<sup>2</sup>. Gran cosa es, sin duda, la tribulación y objeto digno de las reflexiones del cristiano y del ministro de la palabra en la cátedra sagrada.

2. En efecto, ¿cómo no reflexionar sobre lo que tanto nos preocupa? y ¿cómo no ha de ocupar nuestro pensamiento lo que tan acerbamente nos aflige? Aflige á buenos y malos, porque, si por un lado oímos á un Antíoco, sacrílego perseguidor y tirano, exclamar en el lecho de agonía: «¡En qué abismo de tribulación he venido á dar!»<sup>3</sup> oímos por otro al gran Apóstol de las gentes confesar que «no ha tenido descanso alguno su cuerpo fatigado, antes ha padecido toda clase de tribulaciones»<sup>4</sup>, bien compensadas en verdad con los consuelos que le proporcionaba el fervor de los nuevos cristianos. La tribulación es, según esto, patrimonio universal de la familia humana, ó más bien, pena y castigo impuesto á toda la descendencia culpable de Adán el pecador. No hay duda sino que en ella se encierran grandes misterios que no nos es prohibido tratar de conocer á fin de saber arreglar nuestra conducta en medio de esa atmósfera de tribulación en que estamos condenados á vivir. Apliquémonos, pues, amados fieles, á hacer algunas provechosas consideraciones, bajo el amparo y la protección de nuestra Madre amantísima, la Virgen María, sobre el tema cristiano y religioso de la tribulación, procurando, con la luz del cielo, descifrar sus misterios, reconocer su valor y excelencias, averiguar sus causas y buscar los remedios oportunos y eficaces que lleven el alivio á nuestros lacerados corazones. *Deus noster refugium et virtus, adiutor in tribulationibus*<sup>1</sup>—Dios en

<sup>1</sup> 2 Cor. 7, 4.

<sup>2</sup> Rom. 12, 12; Apoc. 7, 14.

<sup>3</sup> 1 Mach. 6, 11.

<sup>4</sup> 2 Cor. 7, 5.

todo caso es y será nuestro refugio y fortaleza y auxilio en las tribulaciones, y después de Dios, María, consoladora de afligidos y amparo de arrepentidos pecadores. En la presente conferencia trataremos de descifrar el misterio de la tribulación, después de trazar á grandes rasgos el espantoso cuadro de las tribulaciones de la vida humana.

### I.

3. ¿Á qué trazar, me diréis, el cuadro sombrío y desgarrador de las humanas tribulaciones? ¿No valdría más, para sentir menos agudo su agujijón, apartar de él nuestras miradas? ¿No valdría más no pensar siquiera en que estamos sufriendo? Por otra parte, ¿no llevamos continuamente detrás de nosotros esta sombra pavorosa del dolor que nos sigue á todas partes? «Mi dolor», decía el real Profeta, «está siempre en mi presencia.»<sup>2</sup> Y Jeremías preguntaba: «¿Por qué se ha vuelto perpetuo mi dolor?»<sup>3</sup> El Apóstol confesaba que «se veía abrumado de tristeza y era su dolor continuo»<sup>4</sup>. Y ¿quién de nosotros, hermanos carísimos, no está dispuesto á hacer el recuento, tal vez abultado, de los padecimientos de que se cree víctima? ¿quién no tiene á la vista los sufrimientos generales de la sociedad? Conviene, sin embargo, presentarlos todos como en un vasto panorama, ya para mirarlos de frente, y mostrar que no nos amilana ni acobarda su calidad ni su muchedumbre, ya también para que, viendo más al ojo su gravedad y su número, alcemos al cielo con más fervor nuestras plegarias, como alzaba el Profeta su clamor de lo profundo de la tribulación en que yacía<sup>5</sup>.

Y ¿por dónde empezaremos á delinear este cuadro? Distinguiremos primero las tribulaciones generales y las

<sup>1</sup> Ps. 45, 1.

<sup>2</sup> Ibid. 27, 18.

<sup>3</sup> Jer. 15, 18.

<sup>4</sup> Rom. 9, 2.

<sup>5</sup> Ps. 129, 1.

particulares. Y dando principio por éstas, no porque sean mayores, sino porque de más cerca nos afectan y parece que más nos afligen y atormentan, figuran en primer lugar las que hieren directamente el corazón y nacen de lo pasado, del estado presente y de lo porvenir. Como la angustiada Susana, podemos decir todos los infelices mortales: *Angustiae sunt mihi undique*—«Las angustias me rodean por todos lados.»<sup>1</sup> Si miro á lo pasado, la conciencia de mis culpas me hiere con el remordimiento; ó si la penitencia me consuela y tranquiliza algún tanto, sobreviene la cruel espina de la duda sobre si seré al presente digno del amor ó del odio de un Dios santo y justiciero. Ninguna tribulación, entre cuantas puede padecer el alma humana, dice San Agustín, es mayor que la conciencia de los delitos cometidos<sup>2</sup>. Y si miro á lo presente, ¿por ventura estoy ó puedo estar satisfecho de mí mismo? ¿No me rodean dolores de infierno, como al Profeta<sup>3</sup>, tentaciones violentas ó sugerencias diabólicas que me arrastran al abismo de la condenación? y mis propias pasiones ¿no me dan continua y ruda guerra? ¿Qué tortura no experimenta el alma colocada entre estas dos fuerzas de atracción tan poderosas, la una hacia Dios y la otra hacia las criaturas! El mismo San Pablo se lamentaba de esta guerra<sup>4</sup>. Y de allí surgen aquellos espesos nubarrones de la duda para un cierto é incierto porvenir. ¿Qué será de mí en definitiva? ¿Cuál será mi suerte para siempre? ¿Cuántas penas amarguísimas suelen sufrir las almas timoratas á quienes preocupa el cuidado de su eternidad! Y aun aquellas que no extienden sus miras más allá de la vida presente ¡cuánto no suelen afanarse y afligirse por el porvenir siempre lleno de tinieblas! ¡Cuántos no se ven tentados á lanzarse en el abismo de la desesperación! ¿Cuáles serán, hermanos míos, las

<sup>1</sup> Dan. 13, 22.<sup>2</sup> Apud Segneri, Serm. 27.<sup>3</sup> Ps. 17, 6.<sup>4</sup> Rom. 7, 24.

angustias que preceden al suicidio? ¡Oh! ¡qué mar de tribulaciones en que al fin naufraga el desdichado pecador! Añadid las pesadumbres causadas por la persecución de enemigos gratuitos, por la envidia y la calumnia, la deslealtad y la perfidia, el odio y la venganza y todas las pasiones humanas que, como fieras rabiosas desgarran los corazones de los hombres, y tendréis un bosquejo más completo de las tribulaciones que aquejan á la pobre humanidad.

4. Pero ¿y los trabajos que afectan directamente al cuerpo, pasando de allí á conturbar el espíritu? ¿son acaso menores en número y calidad? Si no hubiera otros más que las enfermedades y la muerte ¿no sería ya sobrado? Pues añadid la pobreza con su cortejo de privaciones y padecimientos consiguientes, la miseria en todas sus horripilantes formas y manifestaciones. Tended la vista por todas las enfermedades y miserias de que están llenos los hospitales de todo el mundo, ¡qué incalculable multitud y variedad de males! No hay parte del cuerpo que no esté afligida por alguno ó muchos de ellos á la vez. ¡Cabeza, oídos, ojos, sentidos, miembros todos del miserable cuerpo humano, presa sois de acerbísimos y agudísimos dolores! Con razón se escuchan por todas partes ayes y gemidos, y á cada paso se levantan gritos que parten el corazón. Y los desvelos y el cansancio y el quebrantamiento de huesos, y el calor y el frío de las fiebres, y el temblor de las convulsiones, y el crujir de dientes de los moribundos, y las agonías y congojas de la última hora . . . ¡qué acervo tan espantoso de dolores y tribulaciones! Y si, como los buenos socios de las Conferencias de San Vicente de Paúl, visitaseis las humildes moradas de los pobres, las chozas y cabañas donde se alberga la miseria, ¿qué no veríais allí que os haría tal vez derramar lágrimas de compasión? Hogares sin fuego, enfermos sin recursos, niños sin alimento ni vestido, corazones lacerados por la penuria y tal vez más

por el vicio y la desesperación. Verdaderamente es preciso verlo con los propios ojos y tocarlo con las manos para conocer la extensión y profundidad de este abismo de penalidades abierto en nuestro siglo por el horrible monstruo que se ha llamado «pauperismo». Leed siquiera las estadísticas de la miseria y veréis cuántos son los pobres seres destinados á sufrir. Y eso por más que multiplique el Estado sus subsidios y la caridad cristiana sus inagotables socorros. Pero ¿acaso padecen solamente los que no tienen comodidades para la vida? ¿no hay también tribulaciones, y muy grandes, para los ricos y afortunados del mundo? Las hay seguramente, hermanos carísimos, y quizás más dolorosas por ser los sujetos más sensibles y menos avezados al dolor. En vano buscaréis algún sujeto tan dichoso que la tribulación no le visite algunas veces, lastimándole el cuerpo ó el espíritu.

5. Y si alguno hubiese sobre la haz de la tierra que nada tuviese que sufrir en su persona, no podría menos de participar de los golpes de las calamidades públicas ó tribulaciones generales de la familia y de la sociedad. ¿Quién hay que no tenga padres, hermanos, deudos, ó siquiera amigos? Y el que de todo esto careciera, hallándose solo y desamparado en el mundo, ya sería bastante desgraciado. Pues ¿en qué familia no hay algún miembro adolorido? Y si algún miembro padece, claro está que ha de sentirlo todo el cuerpo. ¿Qué tribulación mayor para un padre ó madre de familia que la enfermedad grave de alguno de los hijos? Y si la muerte lo arrebatara ¡qué dolor tan vivo y penetrante! Es como si les arrancasen á ellos mismos un pedazo del corazón. Y si el padre ó la madre son los que padecen, agonizan ó mueren, ¿quién dirá la acerbidad del quebranto de los hijos? Imposible medir la pena del esposo ó de la esposa, causada por el sufrimiento de uno de los dos consortes; y, á proporción, y según el grado de amor y aprecio mutuo, el pesar de los her-

manos y demás miembros de una familia atribulada donde reina la ley del verdadero amor cristiano. Ello es que, á medida de la satisfacción y del contento que se disfruta en la felicidad común, así es la tribulación que siembra en la familia la presencia del dolor cuando se ceba en alguno de los que la componen. Y la amistad ¿no brinda también placeres y pesares? Mirad á los tres amigos del virtuoso y atribulado Job. Apenas llega á su conocimiento la desgracia de su amigo, pónense en camino para ir á visitarle y llevarle algún consuelo<sup>1</sup>. Llegan, alzan los ojos á cierta distancia del enfermo tendido en un muladar, no le conocen, pero ciertos de la verdad del caso, prorrumpen en alaridos de dolor, rasgan sus vestidos y cubren de polvo sus cabezas, anegados en llanto. Así permanecen sentados con él sobre la tierra, por espacio de siete días y siete noches, sin poder articular palabra, y todo ¿por qué? *Videbant enim dolorem esse vehementem*:—¡Ah! porque el dolor era muy grande. Grandes eran los sufrimientos del Patriarca; no menos grande, el pesar de sus amigos. Tales son las tribulaciones de la familia.

6. Y, á proporción, son todavía mayores las de la sociedad. ¿Quién es capaz de describir el horror de una de esas calamidades públicas que azotan de tiempo en tiempo, por altos consejos de Dios, las ciudades y las naciones enteras? Figuraos, si no lo habéis visto con vuestros propios ojos, la desolación de un país diezclado por la peste, los campos devastados por la guerra, los edificios convertidos en escombros por la violencia del terremoto, las cenizas amontonadas por las llamas del incendio y tantos otros espectáculos semejantes, capaces de helar la sangre en las venas de los que los contemplan. Entonces sí que puede decir cada uno: *Dolores inferni circumdederunt me, preoccupaverunt me laquei mortis!*<sup>2</sup> La muerte asoma por

<sup>1</sup> Job 2, 11 et seqq. <sup>2</sup> Ps. 17, 6.